

# EN EL BOSQUE DE LA CHINA: DEL AUTISMO A LA RELACIÓN CON OTROS

Bertha Gamarra Morgenstern<sup>1</sup>

## Resumen

En este trabajo se plantea al autismo como una patología grave de la relación temprana con la madre, que desde el campo de la transferencia se puede remediar con el acceso al mundo de las relaciones a través del vínculo con el analista. Es desde el establecimiento de este nuevo vínculo emocional que el niño tiene una oportunidad de salir de su cápsula autista e iniciar el intercambio emocional con los otros, superando el temor a las relaciones humanas, logrando el acceso al simbolismo y retomando las etapas normales del desarrollo psicosexual, que habían quedado detenidas a consecuencia de su autismo.

Se propone una modalidad de trabajo en la que el analista interviene interpretando el origen de la defensa autista y ayudando al niño a establecer los procesos de diferenciación, a partir del reconocimiento de su individualidad y de la presencia del otro, dentro del marco de la transferencia.

Se relata la experiencia del tratamiento de Carola, una niña autista de 5 años, que en su análisis y a través del trabajo en la transferencia, realizó un tránsito desde la no relación en el encapsulamiento, al inicio del vínculo con los otros.

**Descriptor:** Autismo, vínculo, transferencia, alteridad.

---

1 Miembro titular y Didacta de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis.

**NOTA DE LA REDACCIÓN:** Este trabajo logró un puntaje de excelencia, a sólo 7 céntimas del ganador del premio en Niños y Adolescentes de FEPAL. La autora es peruana y se formó en la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis y, en 1986, se hizo acreedora del Premio Sigmund Freud con *Estudio sobre los núcleos autistas en un paciente fronterizo*.

## Introducción

El autismo se ha vuelto un tema controvertido que plantea retos difíciles y a la vez atractivos a los Psicoanalistas de Niños. Encarar la realidad autista de un niño es algo dramático y significa también enfrentarse con unos padres que sufren una situación dolorosa y traumática que afecta su funcionamiento parental, haciéndolos sentir impotentes y frustrados frente a una situación que sienten fuera del alcance de sus manos.

La prevalencia del autismo se ha incrementado peligrosamente en el mundo. Hace no mucho era escaso, y aparecía reportado en una de cada 10,000 personas; hoy los estudios muestran que uno de cada 150 niños por debajo de los 10 años sufren trastornos autistas, o algún tipo de Trastorno Generalizado del Desarrollo. Por lo tanto, los psicólogos, psiquiatras y neurólogos se han dedicado a estudiar el tema, y los psicoanalistas tenemos también que contribuir a él.

Lamentablemente, en los medios científicos las contribuciones del psicoanálisis han sido desestimadas, porque tenemos el estigma de que consideramos culpables a las madres de ser sus causantes por ser “una nevera”, con poco amor hacia sus hijos. Además, los conocimientos inconscientes que devela el psicoanálisis suelen ser difíciles de aceptar.

En este trabajo me propongo mostrar que, más allá del innegable amor consciente de las madres por sus hijos autistas, hay condiciones inconscientes que unidas a probables factores genéticos y constitucionales se aglutinan, configurando el tipo de autismo encapsulado que surge como defensa frente a situaciones que son vividas como devastadoras para el psiquismo del niño, poniendo obstáculos en el desarrollo de un vínculo emocional sano entre él y su madre, dificultando radicalmente su desarrollo normal.

También quiero mostrar, a través del historial clínico de una niña autista, cómo el tratamiento psicoanalítico puede ayudar a dejar de lado las barreras y defensas que impedían una normal comunicación con el mundo y los otros y, por ende, permitir el desarrollo que se había estancado.

## Marco Teórico

Las investigaciones acerca de las causas neurobiológicas y genéticas del autismo no deberían polarizar la discusión acerca de si el trastorno es genético o psicológico. Por el contrario, ambos campos corresponden a aspectos indisolubles de la unidad biopsicosocial que somos los seres humanos.

Estudios neurofisiológicos recientes plantean que hay un número de entre 3 y 20 genes que contribuyen a determinar una susceptibilidad a desarrollar el autismo. También señalan la presencia de anomalías en el sistema límbico,

en el área que incluye la amígdala y el hipocampo, consistente en que sus células se observan especialmente pequeñas e inusualmente inmaduras, “como si estuvieran esperando una señal para crecer”, según observación del Dr. E. Cook (2005), Psiquiatra de la Universidad de Chicago.

¿Hasta qué punto esta señal que dispara el desarrollo y funcionamiento del sistema cerebral del niño se ubica en el área de la relación temprana madre-bebé, en la contención necesaria que permite el proceso de individuación que lo convertirá en una persona con sentido de ser (Winnicott, 1979), que le facilita poner en marcha todas las operaciones mentales de diferenciación, simbolización, fantasía, vinculación emocional, interés por los otros y por el mundo que le rodea, de las que carece el niño autista?

Si las reacciones emocionales y afectivas que hacen que tempranamente se realicen conexiones neuronales que activan zonas del cerebro generando reacciones en cadena que integran lo sensorial desde la piel, constituyendo el mundo interno y conectando con el mundo externo, no han tenido lugar, ¿es posible que estas zonas cerebrales no desarrolladas empiecen a generar cada vez más encerramiento en estos niños, y más dificultades de conexión con el mundo, hasta el punto de que se detenga el desarrollo en otras áreas? ¿Qué relación tiene todo esto con la provisión ambiental?

En 1984, Niko Tinbergen, etólogo y premio Nobel de Medicina en 1973, propuso una teoría del autismo que surgió de sus estudios sobre la biología del comportamiento. Sostenía que el aporte genético, no siendo decisivo, sí contribuye en hacer a algunos niños más vulnerables y propensos a desarrollar autismo, y reconocía que “existen muchos indicios de que ciertas experiencias traumáticas tempranas tienen mucha más importancia de lo que suele reconocerse” (Tinbergen, N. y Tinbergen, E., 1985). Aclara que estas experiencias traumáticas del entorno inicial tienen más de 20 causas diferentes, la mayoría de las cuales no pueden juzgarse como “faltas” de los padres, tales como dificultades en el parto, separaciones por hospitalización, mudanzas, padres tensionados, o el nacimiento de un nuevo hermano.

Aclara que una combinación de estas situaciones puede llevar al niño y a la madre a deteriorarse entre sí, perturbando gravemente la relación y generando una espiral descendente y una cascada de reacciones que “descarrilan” el desarrollo y funcionamiento del niño. Sostiene Tinbergen que los niños autistas viven en un estado casi continuo de conflicto motivacional presidido por la ansiedad y el retraimiento. Propone que la conducta normal de evitación de los seres humanos, en estos niños se vuelve el núcleo de su problemática. Asegura que si ellos son tratados tempranamente, recuperando el contacto corporal (terapia del abrazo) y la fijación de la mirada, se pueden volver a “encarrilar” en su desarrollo integral.

Tustin (1990) plantea que la dificultad en diagnosticar el autismo desaparece en gran medida cuando vamos más allá de los fenómenos externos concretos y tratamos de entender las reacciones de fondo que dieron origen a la perturbación. Entonces, se introduce un orden unificador en las características externas tan diversas de la psicopatología autista, que inicialmente no parecían presentar conexión las unas con las otras.

Tustin también sostiene que a consecuencia de los descubrimientos recientes de Daniel Stern acerca de la temprana infancia, ya no es posible postular un estado autista indiferenciado absoluto como un estado normal. En el Prefacio fechado en 1989, de su obra "El cascarón protector en niños y adultos", dice que lo que explica el origen del autismo en los niños es "...que en su primerísima infancia se sintieron repelidos abruptamente por una madre a quien, por diversas razones, habían experimentado como parte de su cuerpo" (Tustin, 2006, pag. 14). Esto es vivido corporalmente como una experiencia traumática y prematura de separación que hace intrusión en la conciencia del bebé y que resulta intolerable porque representa la irrupción de lo "no yo" y la pérdida de una parte de su propio cuerpo, generándose terrores tales como los de disgregarse, caer en un abismo, esparcirse, perder el hilo de la continuidad que garantiza la existencia.

Estos niños necesitan protegerse del desvalimiento y hacen unas reacciones de "huida" a través de centrarse en las sensaciones auto-engendradas, que siempre están disponibles y que son predecibles, distorsionando dramáticamente su vida sensible y su desarrollo psicológico, deteniéndolo total o parcialmente. El encapsulamiento autista protege a estos niños de los terrores externos provenientes de la experiencia prematura de percatarse de su separación de la madre, lo que les hace sentirse abandonados en un abismo sin fondo.

Recogiendo estos aportes propongo que el niño autista tiene una disposición genética y constitucional que lo hace más sensible a cualquier situación ambiental negativa derivada de la relación con su madre, la cual pudiendo ser incluso sutil en su inicio, se vuelve de importancia vital en su engranaje con la vida, porque el bebé capta el contenido emocional de lejanía afectiva de su madre. En la serie complementaria, tenemos una madre que por diversas circunstancias de su vida, se encuentra en un estado depresivo que la limita desde el fundamento para estar dispuesta a sostener emocionalmente al bebé y entablar una relación afectiva con él, que le haga constituirse como persona y que le facilite el inicio en la vida de relación.

Estas circunstancias pueden ser problemas de identidad derivados del cambio producido por la maternidad, culpa por abortos anteriores, muerte de un bebé previo, parto prematuro o enfermedades perinatales, dificultades con su pareja, ausencia física o afectiva del padre, duelos no elaborados por el cambio de

vida debido al alejamiento temporal del trabajo o la profesión, resignificación de su rol vital en relación con su propia madre.

Propongo que como resultado de este temprano no-encuentro, hay un estado inicial de no conexión -o desconexión posterior- de la madre y del niño, cuyas razones habrán de explorarse, que genera conflicto a la madre entre su amor consciente y su odio o rechazo inconsciente, en un niño particularmente vulnerable, que percibe el alejamiento emocional de su madre y lo siente como una afrenta y una amenaza a su supervivencia. Estos niños, dotados además con una especial sensibilidad -muchos se vuelven músicos o pintores- hacen una reacción de evitación y huida, y prefieren encapsularse en su autismo ante la soledad y el miedo que surge como resultado de las dificultades de vinculación con su madre.

Pienso como otros autores, que mientras más temprana sea la intervención, mayores posibilidades de recuperación tendrá el niño. Creo que se debe prestar atención a los padres para contener sus emociones y ayudarles a entender lo que sucedió, para recuperar el curso del normal desarrollo y de las relaciones objetales.

Sostengo que desde el campo de la transferencia pueden revivirse los temores iniciales que dieron lugar al inicio de las reacciones autistas y, dentro de la relación transferencial, el niño puede vivir, reeditar y resignificar la problemática inicial, encontrando un sentido a sus síntomas y restableciendo la dirección que se rompió cuando se produjo el “descarrilamiento”, dándose la posibilidad de que el niño retome su ruta en las relaciones interpersonales, y que pueda proseguir un desarrollo emocional y cognitivo normal.

Planteo, desde mi experiencia con niños, que se puede continuar el proceso de las fases del desarrollo psicosexual que había quedado detenido, y que el niño puede, paulatinamente, abandonar su cápsula autista, participando del gozo de descubrir el mundo a través del juego y de la relación con su analista, recuperando el lenguaje y su uso apropiado, accediendo a los procesos simbólicos, y desarrollando las relaciones afectivas con quienes lo rodean.

## Caso Clínico

A continuación presentaré el caso de Carola, una niña a quien traté desde los cuatro años y medio, durante dos años. Relataré a continuación su historia, basada en los antecedentes de su familia y considerando la particular situación emocional de su madre y de la pareja en el nacimiento y las primeras interacciones con su hija.

## Historia

Carola es la única hija de una pareja en la que el padre es extranjero. Llegó refugiado con su familia que huía de una dictadura latinoamericana. Se conocieron en la adolescencia y se casaron después de unos años. La niña nació durante una breve estadía en un país europeo.

Daniel no quería tener hijos, porque él mismo había perdido a su padre a los 10 años. Esto lo marcó profundamente, por lo que decidió desde entonces que no sería padre, porque no quería dejar huérfano a un hijo. “No tenemos la vida comprada, así que es mejor no arriesgarse”, me dijo.

Andrea, la madre de Carola, proviene de una familia europea. Su madre era una mujer fría, rígida y poco afectuosa, a quien le costó mucho adaptarse al idioma español, por lo que mantuvo siempre su lengua natal.

A diferencia de su marido, Andrea sí quería tener hijos, pero no quería contrariarlo, y renunció a esa ilusión. Pasaron siete años de matrimonio esperando infructuosamente que él cambiara de opinión. Estaban viviendo fuera del país cuando Andrea supo que estaba embarazada. Él dijo que cumpliría sus obligaciones, pero que no contara con él, que ella sabía cómo pensaba, y que por lo tanto, ella se haría cargo del embarazo y del niño cuando naciera.

Daniel se alejó afectivamente, y a medida que el vientre empezó a abultarse, cambió de habitación “para no molestarla”. Andrea estaba sola, en un país extraño, y por primera vez empezó a sentir temor de perder a su marido. Sin embargo, seguía manteniendo una última esperanza: ya ella sabía que su bebé era de sexo femenino y pensó que cuando la niña naciera y él la viera, él quedaría encantado con ella.

No fue así. Daniel primero expresó su decepción de que fuera una niña, porque esta condición la haría un ser aún más dependiente. “Un niño es más fuerte y más independiente, si hubiera sido niño, habría sido mejor”, decía.

Cuando Carola nació, Daniel no se movió de su posición. A Andrea se le tuvo que practicar una cesárea porque no dilató lo suficiente. La estancia en la clínica fue traumática, con Andrea llegando sola a una sala-cuna llena de niños llorando, doblada del dolor por la cirugía, a buscar a su hija identificándola por el nombre en la cuna, porque no la reconocía, ni sabía dónde estaba. Daniel fue muy pocas veces a la clínica, las recogió para llevarlas a la casa y las depositó allí. Volvió al trabajo. La niña lloraba incansablemente, y su marido no estaba.

La madre tuvo un episodio de despersonalización unos días después del parto, cuando trató de ponerse sus jeans, que no le cupieron, se miró en el espejo y no reconoció su cuerpo. Tuvo problemas con la lactancia, los senos le dolían mucho, tanto, que la posición de amamantamiento era poniendo a la niña frente a su cuerpo, con el rostro a la altura de su pecho para que el rostro de

la bebé no tocara la superficie de su seno, conectándose únicamente la boca con el pezón. Esta situación duró un mes, al cabo del cual la alimentación se continuó con biberón.

Andrea, después de conocerme y tomarme confianza, al cabo de un año de análisis de la niña, me dice que cuando nació Carola, nunca pudo conectarse con ella. Pero que, eso sí, en los cuidados que ella le brindó “todo el resto fue perfecto”.

La mamá informó que la niña tuvo un desarrollo normal, con excepción del lenguaje, que fue demorado, y las relaciones interpersonales, que no se desarrollaron. Dice que a la niña no le interesaron, que no le gusta la gente, ni las fiestas, igual que a su padre.

En el pre-escolar la derivaron a un instituto especializado en autismo para ser evaluada, debido a que los síntomas que estaba presentando eran muy notorios. Estos consistían en ausencia de contacto con las personas, lenguaje ecológico y en primera persona, rechazo a ser tocada frente a lo cual reaccionaba con gritos de terror, rechazo a los alimentos con aceptación exclusiva de unos pocos, retraso psicomotor, y dificultades serias en la coordinación fina e inhibición total en el juego. Tampoco manifestaba dolor si se golpeaba y rechazaba que le corten el cabello, las uñas, o que se le hiciera una curación cuando se lastimaba debiendo la madre hacerle estos cuidados en la noche cuando estaba dormida.

En este momento Carola tenía cuatro años. La madre rechazó el diagnóstico de autismo, y se opuso a que la niña fuera tratada en dicha institución, rodeada de niños “que sí tenían el problema”. Fue entonces cuando me buscó, pero el análisis sólo se inició seis meses después, y con grandes dudas por parte de los padres.

El padre inicialmente se abstuvo de participar en el tratamiento, aduciendo que eso era entre la madre y la hija, y que él estaría, pero de lejos. Lo llegó a conocer casi un año después.

## Comentario

Las familias de origen de los padres son migrantes. Daniel tiene una historia de duelo no resuelto por su padre, que le impide asumir su paternidad. Andrea, tuvo una madre con quien no se comunicó bien afectivamente y desde el embarazo tuvo dificultades para conectarse con su hija. Además apareció el conflicto entre realizar su maternidad y mantener su relación de pareja, porque tener un hijo le costó la lejanía de su marido. La ausencia afectiva del padre dejó solas a ambas, madre y niña, luego de un parto difícil, en un país extraño, lejos de su familia que la hubiera apoyado.

Andrea hizo un episodio de despersonalización, no puede alimentar a su bebé, y el encuentro inicial no se dio. Los cuidados físicos estuvieron presentes, “perfecto”.

tos”, pero el contacto emocional, el gozo frente al hijo, el encuentro de la pareja con su recién nacido, que brindan al bebé el sentido de ser, no tuvieron lugar.

## **El análisis**

No fue fácil relatar este análisis; tuve que integrar en mi mente lo que en muchos aspectos se presentaba desintegrado, y rescatar los recuerdos y las sensaciones. Los procesos se dieron superpuestos, y eventualmente surgía algo distinto, que daba cuenta de los mínimos cambios que podía registrar. Una vez ocurridos, surgían muchos elementos nuevos y se armaban nuevas historias y juegos.

A continuación voy a distinguir varias etapas de este proceso.

### **Primera etapa: Con la mamá y la niña**

En la primera etapa el trabajo fue con la díada porque la niña no podía separarse de su madre y tenía terror a quedarse sola conmigo. Aquí simplemente ofrecí un espacio para que ambas pudieran conocerme. La madre me relataba la historia de la niña, y ella deambulaba por el consultorio, sin fijar la mirada y tocando los objetos, tirándolos hacia atrás de ella, o manipulando algunos juguetes que traía de su casa, que no me permitía tocar, dejándolos en un rincón.

En presencia de la madre la niña realiza lo que fue su primera experiencia en la simbolización y comunicación transferencial, tomando unos pequeños juguetes que quiso hacer entrar por la chimenea de una casa, diciéndome: “Carola no cabe”, que interpreté como su deseo de caber y ser contenida por su madre, y por mí.

A partir de ese momento, su juego durante varios meses consistió en averiguar si los objetos cabían dentro de otros, como por ejemplo, las canicas dentro de los floreros, y éstas nuevamente dentro de carritos o camiones, trasvasándolos repetidamente. Tocaba muchos elementos del consultorio, daba vueltas sobre sí misma, corría de un lado al otro, e intentaba hacer cosas que podían ser peligrosas. Yo estaba muy pendiente de todo esto, mientras escuchaba a su madre.

En esta etapa se instala el vínculo, que pasa de ser un vínculo con la díada, y mediado por su madre, para vivirlo en relación conmigo, usándome como mediadora entre ella y los objetos. La niña explora con cautela las posibilidades de contención que le ofrezco, y también mide la distancia transferencial entre las dos, viendo si la voy a tolerar, proteger y entender.



## Segunda etapa: Soy un avión

En la segunda etapa la mamá espontáneamente salió del consultorio, y se desarrolló un tipo de juego creado entre las dos, en el que Carola recorría los muebles por los bordes, trepándose a sillones y estantes, mirando los objetos y tirándolos al suelo, para que yo los recogiera. Esto me hizo recordar la anécdota del *fort-da* que incluye Freud en su obra *Más allá del principio del placer* de 1920. Aquí empieza a transitar por un descubrir la relación madre-bebé, interesándose por una gallina y sus pollitos que había en una repisa alta, o descubriendo en un florero una rosa con su botón, diciendo: “la mamá y el bebé”. Igualmente ubicó un carrito muy pequeño que colocaba dentro de una volqueta grande, diciendo: “el carrito bebé”.

Sigue un momento, durante varios meses, en que la actividad se modifica, en que ella es la que se puede caer de los estantes y del respaldo de los muebles, y yo debo evitar que se caiga, o recogéndola en el aire, o impidiendo que se arroje desde el espaldar del sillón, como tratando de recuperar el “holding”.

En un principio, no me dejaba tocarla, lo que yo debía hacer para sostenerla y evitar que se cayera. Poco a poco, permitió el contacto que se producía con este juego que inventamos. Hasta que un día, realmente se cayó del espaldar del sillón, sin que yo pudiera alcanzarla desde mi puesto, para evitarlo. Se golpeó en una pierna, experimentando un dolor que nos sorprendió a las dos, y generándonos mucho susto. A partir de ahí gozó, repitiendo incesantemente la experiencia en que yo:

- a) la recojo del aire, y ella se convierte en un avión, o un helicóptero que da vueltas y vueltas hasta caer, conmigo, sobre el diván, y caminando sobre mi espalda para llegar nuevamente al armario y volver a lanzarse, repitiendo la secuencia, o,
- b) sube por el respaldo del sillón desde donde se cayó, y repite la escena de caerse, a lo cual yo debo saltar de mi silla a tratar de impedirlo, y cuando estamos en el último momento, se deja caer suavemente y sin golpearse esta vez, y yo debo correr a rescatarla y ofrecerle una “curita”, que ella invariablemente rechazará.

En esta etapa, el lenguaje empezó a establecerse en la relación conmigo. Fue tan dramático el cambio, que una vez vino a traerla su tía a la sesión, y se quedó en la sala de espera. La niña realizaba los juegos descritos, y hablaba ya varias palabras juntas. Al salir de la sesión, la tía, que había estado muy atenta a lo que sucedía adentro, me dijo muy asombrada: “¡¡¡¿ella estaba hablando?!!!”.

En esta etapa, la niña me pone a prueba constantemente, quiere saber si yo la puedo sostener, a la vez que inicialmente se resiste a esto, justamente con el fin de poder comprobar si mi presencia y mi interés no decaen. Se instala la relación corporal en que yo la sostenía por la espalda, para no dejarla caer mientras caminaba por los bordes. Esto sucedió de la manera más natural, en la forma en la que una madre vigila que el hijo no se haga daño, interviniendo si es necesario y a costa de las protestas del chico. Con Carola, siento que traté de manejar que ella aceptara de todas maneras mi ayuda, y eso facilitó una forma de contacto que se volvió un juego alrededor de la exploración y la contención.

### **Tercera etapa: El charco de los marranos**

Carola decidió que mi diván, que está cubierto por una tela color café, era un charco inmundo lleno de “pipinú, cacanut, cáscaras de huevo, cáscaras de naranja, cáscaras de plátano, barro, pelos...”. Es un charco donde hay marranos, y ella quiere meterse allí. Se supone que yo no debo dejarla entrar, porque se ensucia su lindo vestido blanco. Entonces, -por primera vez hace participar a las muñecas que siempre trae, poniéndoles nombre- Susy se quiere meter al charco de los marranos, yo le tengo que decir que no, que se va a ensuciar, pero Susy va corriendo y se tira al charco de los marranos. Yo la tengo que sacar, y lavar, bañarle el cuerpo, el pelo, secarle el pelo, dejarla limpia y vestida... para que se vuelva a escapar y se meta nuevamente al charco de los marranos. Luego es Carola la que se lanza al charco de los marranos, y yo debo hacer exactamente lo mismo que con la muñeca: secarla, lavarla, vestirla, ponerle perfume, para que igualmente vuelva a escaparse y a ensuciarse en ese anhelado y prohibido charco.

Carola goza con esta travesura prohibida, donde representa su libido anal, la desobediencia de la prohibición de los placeres relativos al contacto con sustancias fecales, la probable ansiedad de la madre por observar los cánones de orden y limpieza, y la perfección en los modales que la niña necesita desafiar y romper.

**Anotación:** Desde la segunda etapa, Carola empezó a dibujar, primero rayas de colores, para pasar a representar sirenas, con mucha dificultad. Poco a poco, y mientras se inicia el encuentro emocional con su padre, dibuja con mucha frecuencia a papá, mamá y yo. Se inicia la triangulación y la relación edípica con el padre que entra en escena.

### **Cuarta etapa: En el bosque de la China.**

A lo largo de este análisis, me sorprendió la ocurrencia de melodías que aparecían en mi mente, cosa que no me ha sucedido con otro paciente. Eran canciones de cuna, que me decidí usar en las intervenciones. La primera vez fue

el día en que vio una herida en mi rodilla y me preguntó qué me había pasado, y yo le expliqué -haciendo que caminaba con mis dedos- cómo me había caído, y que me había puesto una curita, y que yo iba así, caminando, y al tiempo entonaba la melodía de “London bridge is falling down...” y “¡Pum! me caí!”. Ella me hacía repetir una y otra vez cómo me había caído, representándolo con los dedos, para luego de varias sesiones, volverlo un juego en que íbamos ella y yo corriendo en círculos por el consultorio y de pronto nos caíamos estrepitosamente al suelo, para repetir esto también muchas veces seguidas, durante varias sesiones, entonando siempre la melodía que yo le canté la primera vez, que ella recordaba perfectamente.

También me encontré usando el canto para arrullar a sus muñecas cuando ella empezó a ponerlas juntas en el piso y las cubría con servilletas de papel a modo de cobijas, para ponerlas a dormir. Yo acompañaba su acción cantando la canción de cuna: “Duérmete, niño, duérmete ya...” y ella protestaba. No me dejaba cantar. Me decía: “No cantas, cállate. A las niñas no les gusta”. Yo respondía diciéndole que a las niñas sí les gustaba, y que seguro que a ella también, aunque me decía que no cantara. Recordé que la mamá me había dicho que a ella nunca le gustó que le canten para dormir, cosa que su abuela había intentado, sin éxito. Yo insistía. Y le cantaba la canción “Muñequita linda” -que es, en realidad, el bolero “Te quiero, dijiste” de la compositora Mexicana María Grever- cambiando el nombre por: “Carolita linda, de cabellos de oro, de dientes de perla, labios de rubí...”. Ella me hacía callar.

Creo que yo insistía como una forma de restaurar modos primitivos de relación en los que los primeros intercambios de la madre con el bebé se realizan a través de la voz, con la entonación de pequeños coros repetitivos que se establecen como rutinas que caracterizan ciertos momentos importantes del día a día de los niños, y que introducen y transmiten tonos de ternura y de afecto en la relación. Pienso que por esta razón, a mí me empezaron a surgir en la mente estas pequeñas canciones, y que se las cantaba sintiendo que ella las necesitaba, aunque las rechazara, tratando de que ella tolerara la expresión afectiva. Cuál no sería mi sorpresa cuando ella llegó un día a la sesión, se paró delante de mí y me dijo: “Cántame Carolita linda”.

En mi consultorio hay una mesa auxiliar con una gaveta inferior que se cierra con dos puertas pequeñas. Un día, Carola abrió las puertas y se metió adentro, y me pidió -siempre en primera persona- “cierro la puerta” (debo comentar que en cada ocasión que ella usaba el lenguaje en tercera persona, yo le señalaba *que ella quería que yo* hiciera tal cosa que me pedía, o, en otras ocasiones, le contestaba en el sentido que ella proponía: *¿cierras tú la puerta?*). Cerré, entonces, las puertas y ella quedó adentro, todo el resto de la sesión. Esto sucedió muchas veces. Carola se encerraba toda hecha un ovillo, encajando en el hueco y quedándose en

silencio, exigiéndome silencio también. Me impresionaba la forma en que ella cerraba las puertas desde adentro; yo la ayudaba para que no se magullara los dedos y ella se quedaba quieta, sin hacer ningún sonido, como si desapareciera.

Yo permanecía al lado, esperando, también por largos ratos. Hasta que un día, tal vez intentando entender lo que estaba sucediendo, me dio por volver a cantar. Vino a mi mente una melodía, y empecé a cantarla, para que me escuchara: “En el bosque de la China, una chinita se perdió, y como yo estaba perdida nos encontramos las dos. Era de noche, y la chinita, tenía miedo, miedo tenía de estar solita. Anduvo un poco, y se sentó, junto a la china, junto a la china, me senté yo”.

En otras ocasiones yo había preguntado: ¿Carola, dónde estás? Ella no me respondía, acurrucada toda en ese espacio tan pequeño. Yo intentaba abrir la puerta, ella la volvía a cerrar. Yo respetaba su estar ahí, y la acompañaba desde afuera, algunas veces cantándole.

Debo decir que pasaron varios meses en esta actividad siempre en silencio, que aún no podría llamar juego, en la que invariablemente a lo largo de estas sesiones, volvía a suceder una y otra vez, intercalada con la actividad de tapar las muñecas y ponerlas a dormir, o empezar a darles alimento.

Con Carola, de pronto surgía algo distinto, después de muchas sesiones muy parecidas en las que incesantemente se repetía un tipo de juego. En esta ocasión la niña volvió a entrar dentro de la gaveta y cerró las puertas desde el interior, como siempre lo hacía. Y yo, también como siempre, preguntaba: Carola, ¿estás ahí, dónde estás? ¿Dónde estará Carola? Pensando que era un juego en el que ella quería saber si yo notaba su desaparición, si yo la buscaba. Nuevamente para mi sorpresa, esta vez me contestó:

¡¡Estoy en el bosque de la China!!

En este momento, transcurrido un año y medio de análisis, ya el uso de la primera persona estaba más establecido, y había hecho muchos progresos en lo cognitivo. Su actividad lúdica y su capacidad simbólica iban cada vez en aumento, y la relación con sus padres era cada vez más demandante de atención y de contacto. Solía pedir a su madre que la llevara a distintos parques, y en forma creciente, le pedía que jugara con ella. La madre me decía que estaba agotada, pero feliz.

La relación con el padre también había mejorado a instancias de la niña. Relata la madre que en una ocasión el papá llamó a casa, y Carola le pidió a la madre el teléfono -cosa que nunca había hecho-. Preguntó: “papá, ¿estás en la oficina?”, el padre contestó que sí, y ella le dijo. “Papá, te quiero”, con la consiguiente sorpresa de ambos. A partir de ese momento, siempre pedía pasar al

teléfono cada vez que el papá llamaba, y empezó a exigir que ambos le leyeran algo por la noche, metida en la cama de la pareja. Un resultado adicional, es que el vínculo de la pareja mejoró mucho.

Interpreté en esa ocasión, que a veces ella también se iba muy lejos, tan lejos como en el bosque de la China, que era cuando ella estaba triste y molesta, y no quería que nadie le hablara, pero que eso también la asustaba, porque quedarse sola era muy triste. Sin embargo, allí se quedaba.

A continuación voy a presentar varias sesiones transcurridas, las dos primeras, en el mes No. 16 del análisis, la tercera y cuarta, en el mes No. 21, y la quinta en el mes No. 22. En ellas mostraré en detalle el proceso al que me estoy refiriendo, y la forma en la que se están generando los cambios en sus relaciones consigo misma, con los otros, y con el mundo que la rodea, así como el significado de su encerramiento autista, del que ha ido saliendo progresivamente.

## I Sesión

Toma un cojín y simula -hace esta representación por la primera vez- que es Cata, mi gata, a quien ella temía y quería agarrar para hacerla entrar al consultorio, sin éxito. Hace unos movimientos con las manos, y dice: “¡Le he pongado (sic. Quiere decir: *puesto*) baletas (*zapatillas de ballet*) y corona a Cata!”. Deja el cojín a un lado. Se dirige al diván, donde hay un cojín más grande y alargado: “¡el marrano quiere que me meta al charco de los marranos!”. Se lanza al “charco de los marranos”.

“Aquí, hace calor. Mejor voy a llevar a Cata a la playa. Run, Run, Run!! ¡Te voy a poner vestido de baño y los flotadores!”.

(Simulando otro tono de voz, como si fuera Cata la que habla, mientras Carola me mira):

¡Estoy nadando, mira!, ¡¡¡¡Yupííí, estoy en la playa!!! ¡¡¡¡Yupííí!!!

Ahora habla ella: “Hay que ponerse bloqueador porque está haciendo sol”.

“¡Listo! ¡Nadará!”

“¡Listo! ¡Me visto!”

¡¡Run, run, run!!! (Se va, como en el auto. Se mete en el hueco del mueble).

Pregunto: Carola, ¿estás ahí, dónde estás? ¿Dónde estará Carola?

Responde desde adentro de su escondite:

“¡¡¡Estoy en el bosque de la China!!!”

Sale y empieza a correr en círculos, y hace que yo la persiga. Grita:

“¡¡¡¡Mami, sálvame!!!! El monstruo me quiere comer!!!”

“¡¡¡¡Mami, sálvame, sálvame!!!!”

La mamá contesta desde la sala de espera: “¡¡¡Aquí estoy, mi amor!!!”

## Comentario

Esta es la primera vez que usa la fantasía para reemplazar la gata con quien quiere jugar, por un cojín que la representa. También es la primera vez que hace una proyección, cuando dice que es el marrano, quien quería que ella fuera al charco de los marranos. Ella no se atreve a asumir directamente sus pulsiones anales y sus deseos de retar a la madre-analista ensuciándose y jugando con sus materias fecales, y disfrutando de la experiencia de su instintividad, lejos de las normas de limpieza, y lo proyecta en el marrano, que permite el desarrollo de la fantasía.

Esto a la vez la angustia, por lo que hace la reacción de huida para esconderse, pero me lo puede expresar usando mi propia canción, para decirme que está “En el bosque de la China”, o sea, muy lejos de mí, defendiéndose de lo terrorífico. Lo confirma al salir, cuando las fantasías persecutorias se materializan haciendo que yo la persiga, simulando estar en peligro. Llama a su madre, a quien hace intervenir desde afuera de la sesión.

La niña al hacer uso de la proyección, coloca lo persecutorio afuera, donde lo temido ya tiene nombre y se puede identificar. El contenido oral canibalístico de ser devorada por el monstruo se pone de relieve, logrando poner una distancia entre lo yo y lo no-yo, y expresando el miedo y el pedido de ayuda a su madre, a quien obliga a participar, en vez de guardarse en El bosque de la China de su encapsulamiento.

Desde la contratransferencia capto ciertos contenidos emocionales que, antes de las palabras, se convierten en melodías de cuna que puedo utilizar, para luego interpretar la defensa autista.

## II Sesión

“¡¡¡¡El carrito bebé!!!” (el carrito pequeño que ella colocaba al principio del análisis, dentro de una volqueta grande, y lo dejaba siempre en el mismo lugar en el armario. Busca, y no lo encuentra) “¿Dónde está el carrito bebé?” Afirma con desagrado: “¡¡¡Seguro que Sonia (mi secretaria) lo guardó!!!”.

Explora dentro de la caja de juguetes por primera vez. Se queda fascinada con los carritos de autopropulsión, y empieza a hacerlos correr. Los deja. Agarra un jeep grande y coloca dentro a sus dos barbies que trajo. Una le dice a la otra: “amiga, no cabes”. Esta le responde: “sí cabo”. La otra contesta ahora: “sí estás cabiendo, ¿ves?”

“¡Mira, las dos están en el carro!, ¡¡sentadas juntas!! ¡¡¡rrrrrr, rrrrr, rrrr!!! (Pasea las muñecas en el auto, mientras hace estos sonidos). “¡Se sientan bien con los pies por la ventana!!!” (Se salen los pies de las muñecas fuera del jeep).

Vuelve con los autitos pequeños. Mira uno al que le falta una llanta, y me dice. “¡Mire! ¡Qué pasó con este carrito?”.

Termina regando los juguetes, pero ya no como antes, que era un reguero más indiscriminado, tomando la caja por encima de su cabeza y volcándola completa encima de ella, pareciera que por el simple placer de regarlos por todas partes, como dando rienda suelta a sus impulsos sin ninguna coacción.

### Comentario

Busca con insistencia lo que había dejado contenido en mí, a ver si he sido una buena cuidadora de sus cosas. Hace un desplazamiento en mi secretaria, para no atacarme a mí. Recuerda su dificultad con la contención, reasegurándose que ella sí cabe, aunque aún tenga sus dudas al respecto, que trata de manejar. Usa el lenguaje apropiadamente, haciendo hablar a las muñecas entre sí -también por la primera vez-, discutiendo acerca de su posibilidad y su derecho a ser contenida.

Es interesante que, después de más de un año, recién descubre la caja de juguetes como objeto de interés real. Antes sólo la había usado para regar los juguetes indiscriminadamente. Ahora se conectó con los elementos, especialmente con los carritos, notando la falta de la llanta en uno de ellos. “¿Qué le pasó?” Alude a la falta en ella, a lo que le pasó en su historia personal.

### III Sesión

“El camión malo se lleva toda la comida” (la comida son las canicas). “El camión malo quiere regar las bolitas”.

Coge toda la “comida” y se la lleva. Me dejó sin comida. Pone todas las canicas en la volqueta, y luego las echa con cuidado dentro de la caja de juegos. Coloca toda la comida en la volqueta.

Me dice: “Yo me voy a llevar toda la comida, y no te voy a dar nada, JA, JA, JA, JA”, (cambia el tono de voz, grave y profunda, risa irónica como de mala).

“¡¡¡El camión se quiere llevar todos los vegetales!!!” (representados por las canicas). Lo repite varias veces.

“Se quiere llevar todos los vegetales. Va a botar toda la comida a la basura. Porque es muy malo”.

“JA, JA, JA, JA, no más vegetales! ¡Y no más comida!

Falta la hamburguesa” (Coloca una hamburguesa de juguete que hay en la caja, dentro de la volqueta).

“¡No!, ¡no! Se lo quiere llevar, se lo está llevando, va a botar toda la comida a la basura”. (Vuelca todo lo que había en la volqueta)

## Comentario

Se inicia la proyección del objeto malo, también relacionado con la oralidad, con la posibilidad de alimentar y contener, con lo que puede haber experimentado como el pecho malo que no la quería alimentar. Estas fantasías tempranas pueden ser ahora vividas y verbalizadas en la relación transferencial. Es ella la que me deja sin comida, pero aún no puede asumir su propia maldad: la proyecta en el camión malo.

## IV Sesión

“El camión con su boca se quiere comer a éste” (un mono, a quien persigue. Al fin, lo elimina, pegándole. El camión queda volcado patas arriba).

“Muerto”.

Riega todos los juguetes.

Encuentra una muñeca de trapo, doble, que de la cintura para arriba es blanca, y debajo de la falda, en vez de piernas, hay otro tronco y cabeza y es negra, de manera que se ve una sola muñeca siempre porque la falda oculta a la otra parte de la muñeca. Esta siempre ha estado entre los juguetes, y la niña la ha visto anteriormente, pero la descubre por primera vez. La mira fascinada, totalmente absorta en la experiencia de descubrir a las dos muñecas, poniendo la falda de un lado y del otro, hacia arriba y hacia abajo, dejando ver una cara de la muñeca, para luego dejar al descubierto la otra.

Va haciendo el movimiento giratorio con sus manos, dejando, ora la una, ora la otra, mientras va diciendo con voz tranquila, segura, pero igualmente absorta:

“Persona mala, persona buena. Persona mala, persona buena”.

Suelta la muñeca, y va rápido a buscar la máscara de bruja. “Juguemos a la bruja”. Me pide que me ponga la máscara y que le ofrezca la manzana envenenada. Lo hago. Juego el juego de Blancanieves. Le digo: Oh, niñita, quieres una manzana? ¡Está muy rica! (Carola me ha traído también un pequeño balón rojo que simula la manzana). “Oh, sí, gracias”, me responde. “Voy a comerme la manzana”, me anuncia. Se la come, y cae al suelo muerta. Ahora debo ser el príncipe que la despierta con un beso. Me acerco, hago un poco de drama, ¡Pobre Niña, está muerta! ¡Es tan bella! ¡Le daré un beso!: me acerco y le doy un beso en la mejilla. Ella se despierta inmediatamente, tosiendo, y escupe la manzana envenenada. Se para rápidamente.

Cambiamos papeles, ahora ella se coloca la máscara de bruja, y yo debo ser la niña que se come la manzana envenenada. También me caigo muerta. Cuando me da el beso y me despierto, y me estoy levantando, Carola me dice rápidamente: “¡¡¡escupe la manzana, tose y escúpela!!!”. Entonces, la escupo tosiendo.



Hacemos este juego como unas diez veces.

Al final observo que se coloca la máscara con más facilidad, y noto que tiene menos miedo de asumir el papel de bruja, y de identificarse con la bruja mala. Antes, yo solamente era la bruja.

Disfruta mucho este juego, donde de vez en cuando repite con su voz de bruja mala: “¡JA, JA, JA, te comes la manzana envenenada!!!!”

## Comentario

La simbolización aparece con gran despliegue en el juego.

Aparecen contenidos de muerte. En forma tajante y con el dramatismo de lo concreto, anuncia que el mono a quien el camión quería devorar, está “Muerto”, así de claro. Lo dice de una vez, con frialdad. ¿Se refiere a cómo ella se siente cuando está ausente?

El despliegue de las ansiedades orales y de los contenidos destructivos proyectados afuera le permite distinguir al otro.

A continuación está lista para reconocer los objetos y su tajante diferencia. Es mágico el momento en que descubre a la muñeca -que siempre estuvo ahí-, y la manera en que la manipula al ver sus dos caras: persona mala, persona buena. Reconoce la dualidad del objeto bueno y del objeto malo, representado ante sus ojos atónitos.

Ahora ya no tiene miedo de identificarme e identificarse con lo malo. Primero yo soy la bruja mala que le ofrece una manzana envenenada. Al salir de su autismo, tiene que reconocer los objetos, y luego de la confusión, dividir el mundo y organizarlo en bueno y malo, y ubicar a la madre-bruja que da alimento envenenado. No se le olvida que tiene que escupir, sacar afuera, lo que la contaminó. Ahora sí se puede atrever a ser la mala, a reconocer también adentro de ella lo malo, y hasta disfrutarlo.

Nuevamente, el juego tiene que ser repetido innumerables veces, como debe ser, para atenuar y controlar la angustia.

## V Sesión

Saca las canicas del tarro plástico y cilíndrico en que se encuentran, y las pone en la volqueta. Después las regresa a la caja. Vuelve a ponerlas en la volqueta. Coloca tres autitos que han sido sus favoritos antes, los pone en línea: el verde, el negro, el rojo. Ahora riega todas las canicas de la volqueta sobre los carritos. Caen TODAS, como en una avalancha, mientras ella dice “¡¡¡NOOOOOO!!!”.

Ahora vuelve a poner una bola pequeña de goma en el tarro de las canicas, toda aplastada por una gran pelota de espuma encima que bloquea totalmente la

superficie, de manera que queda encerrada y apiñada dentro, sin que se pueda mover. Dice: “¡Se va al Cielo!” “¡Nooooo!!!!”, se responde.

Ahora también la encerraste, como tú cuando estabas toda encerrada y en el Bosque de la China. ¿Y no la vas a dejar salir?

“¡¡¡Nunca!!!!”, me responde, mirándome seriamente.

Nuevamente riega todas las canicas que estaban en la volqueta, sobre el tarro que ahora está taponado por la bola grande de espuma, aplastada dentro de la caja y aplastando a su vez a la bola pequeña de goma. No satisfecha con esto, se sienta sobre el tarro con la bola de espuma que sobresale del mismo. Saca de la caja de juegos unos conos de cartón-paja, y aplasta aún más la bola de espuma dentro del tarro.

Al finalizar la sesión, guarda el tarro con la bolita pequeña de goma atrapada y aplastada por la pelota de espuma, dentro de la gaveta donde ella suele encerrarse.

“Se quedan en el Bosque de la China. No los saques”, me ordena.

“También a mí me quieres encerrar y mandar al Bosque de la China, para que no te diga nada”.

## Comentario

Las canicas la representan a ella, con todas las partes que la componen, a veces disgregadas, a veces organizadas. En una forma dramática y drástica, encierra la pelota de goma, yo interpreto que es como ella, y me aventuro a explorar si se dejará salir del encierro. Ella dice que “¡Nunca!”. Es una orden perentoria, con una fuerza semejante a la que debió usar para encerrarse paulatinamente en su caparazón autista.

Guarda en su escondite la bola de goma atrapada por el balón de espuma. Están en “El bosque de la China”, como ella dice. Lejos, muy lejos de todo, en un lugar donde nadie la puede alcanzar. Interpreto su orden como haciéndose extensiva a mí. Me quiere controlar e inmovilizar para que no permita el acercamiento de lo malo y de lo bueno dentro de ella y en los objetos. El proceso de integración está en marcha, con todas las vicisitudes que ocurren ahora cuando puede al fin hacerles frente. Siente la amenaza de la integración y recurre nuevamente a la defensa autista, con la diferencia de que ahora no está sola, y que sabe que yo haré lo posible por sacarla de ahí.

## Siguientes sesiones

Después siguió una etapa en la que usaba todas las mantas, cobijas, alfombras y cojines del consultorio para cubrirme totalmente, diciéndome que

yo me había ido al bosque de la China, a lo que yo interpretaba que quería hacerme desaparecer, y ella contestaba: “¡cállate! ¡estás muerta!”. Durante toda la sesión, totalmente cubierta, sin dejarme salir ni mover, tratando de hacerme sentir, a la manera de la identificación proyectiva, el gran aislamiento en el que se había encontrado, y el miedo que ella sentía cuando se encerraba en su cápsula autista, las que fueron mis interpretaciones frecuentes.

### Comentario final

En estas sesiones hemos podido ver en forma paulatina cómo Carola pudo atravesar las distintas etapas evolutivas del desarrollo psicosexual, desde la etapa oral con todas las ansiedades canibalísticas de devorar al objeto, y de ser devorada, pasando por la indiscriminación de los objetos y el temor ante la disgregación, para iniciar la división del mundo de los objetos y de sí misma en bueno y malo.

Paralelamente asistimos al estreno de algunos mecanismos de defensa como la proyección y el desplazamiento, básicos en la constitución del psiquismo. Ella puede proyectar lo malo hacia afuera, proyecta la agresión y expresa su necesidad de oposición a las normas de limpieza de la madre. Carola hace gala de su paso psíquico por la etapa anal, disfrutando del contacto simbólico con los excrementos y con la capacidad de desafiar la norma parental de “no ensuciarás”, gozando de su expresión a través del juego.

La aparición del “Bosque de la China”, construido con asociaciones de ambas, nos permitió poner un nombre a la experiencia del aislamiento, en la soledad y la lejanía emocional, desde donde pudo empezar a acercarse, o castigarme enviándome allá, para que experimente su temor y aislamiento, y pueda ayudar a dar un sentido a la experiencia temprana de no conexión con su madre.

En la contratransferencia estos contenidos fueron captados, y ofrecidos a la niña en forma de canciones de cuna que vinieron a la mente de la analista en el tratamiento de Carola, y fueron expresados de manera que la niña pudiera hacer uso de ellos.

### Conclusiones

Buscando un origen al trastorno autista, el elemento desencadenante pudo ser la desorientación de la madre en el embarazo y crianza de Carola, que a causa de los conflictos de pareja y el aislamiento de su esposo, experimentó emociones de rechazo al embarazo y a la hija que de alguna manera le costó la distancia de su esposo. Ella no pudo contener a su niña, porque tampoco se sintió contenida, dando lugar a un no encuentro inicial que perturbó seriamente el vínculo madre-bebé, “descarrilando” el desarrollo normal de su hija.

Por otra parte Carola es una niña extremadamente sensible y perceptiva con una fuerza muy grande en la expresión de sus sentimientos negativos en especial cuando se siente rechazada reaccionando aislándose tenazmente de su entorno.

Las dificultades en la relación inicial se hicieron extensivas a otros ámbitos, afectando el lenguaje, la comunicación, la simbolización, los procesos cognitivos.

En la transferencia se revivieron los temores y el encapsulamiento, encontrando sentido en el juego, y pudo retomar su evolución psicosexual.

El proceso analítico, no solamente ayudó a Carola a salir de su cápsula autista, sino también le permitió restablecer la relación con sus padres, reconociendo al otro al mismo tiempo que podía empezar a reconocerse a sí misma, con sus fantasías y temores.

## Bibliografía

- Cook, E., et al., The CPEA Genetics Network,. *Autism and the serotonin transporter: the long and short of it*. Molecular Psychiatry 2005,10:1110-1116.
- Klein, M. (1930) "*La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo*". Obras completas, Paidós, Buenos Aires, 1975.
- Ogden, T. (1989) "*Sobre el concepto de una posición autista-contigua*". Libro Anual de Psicoanálisis.
- Stern, D. (1986) *The interpersonal World of the infant*. New York: Basic books.
- Tinbergen N, Tinbergen E. (1985). *Niños autistas: Nuevas esperanzas de curación*. Alianza Editorial, Madrid.
- Tustin, F. (1977) *Autismo y psicosis infantiles*. Paidos. Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1987) *Estados autísticos en los niños*. Paidos. Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (2006) *El cascarón protector en niños y adultos*. Amorrortu, Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_ (1991) "*Una revisión de los conceptos sobre autismo psicógeno*". Libro Anual de Psicoanálisis.
- Winnicott, D. (1972) *Realidad y Juego*. Granica Editor, Argentina.
- \_\_\_\_\_ (1979) *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Paidós, Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (1993) *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós, Buenos Aires.